

*Centralismo estatal y nacionalismo regionalizado. Las paradojas del caso francés **

Anne-Marie Thiesse

CNRS, París

Resumen: La Francia contemporánea se caracteriza por un extremo centralismo estatal y una representación de la nación que otorga gran valor a las diversidades regionales. Esta asociación paradójica se explica por el proceso histórico de construcción del Estado-nación moderno. En el plano político, el centralismo estatal constituido bajo el Antiguo Régimen fue acentuado por la Revolución, e intensificado sin cesar desde entonces. En el plano cultural, como en el resto de Europa, la construcción de la identidad nacional fue acompañada de una construcción de identidades regionales modernas, según la fórmula de la «unidad en la riqueza de la diversidad». Las relaciones entre el «jacobinismo», reivindicaciones descentralizadoras y regionalismo son, pues, desde hace dos siglos, de una gran complejidad, y no se reducen a un esquema de oposición derechazquierda. La europeización y la globalización llevan actualmente a su paroxismo las contradicciones políticas, culturales y económicas de la relación entre lo regional y lo nacional en Francia.

Palabras clave: centralismo, nacionalismo, regionalismo, Francia, siglos XIX y XX.

Abstract: Modern France is characterised on the one hand by an extreme degree of State centralism, and on the other hand by a representation of the nation which ascribes a great value to regional diversity. This paradoxical association may be explained by the process of modern state-building. In the political domain, Ancien Régime's state centralism was reinforced by the Revolution, and since then increasingly intensified. In the cultural domain, as elsewhere in Europe, the shaping of a modern

* Traducción de Xosé M. Núñez Seixas

national identity was accompanied by the formation of modern regional identities, according to the paradigm of «unity in diversity». The relationship between Jacobinism, claims for decentralisation and regionalism through the 19th and 20th centuries have been very complex, and hence cannot be reduced to an opposition between the Left and the Right. Europeanisation and globalisation trends have accentuated the political, economic and cultural contradictions of regional and national identity in France.

Key words: Centralism, nationalism, regionalism, France, 19th and 20th centuries.

Durante decenios, el regionalismo ha sido un tema ausente de la historiografía francesa. Sería vano buscar en las grandes obras sobre la Francia contemporánea un capítulo, o incluso un apartado, sobre la cuestión. Todavía hoy, los estudios sobre este tema tienen en la historiografía francesa una importancia claramente inferior a la que se les otorga en otras historiografías europeas. Lo que se manifiesta a un doble nivel no sólo en la cantidad, sino también en el de la legitimidad. Por decirlo claramente: el regionalismo todavía es considerado —¿quizás de forma provisional?— a menudo como un tema menor, anecdótico y folclórico; o aún peor, «políticamente incorrecto». Al regionalismo se le atribuye generalmente una engañosa reputación de ideología reaccionaria y antidemocrática. Esta connotación estigmatizadora tiene origen, en parte, en la propaganda política del régimen de Vichy, que hizo uso abundante de las referencias regionalistas. Y la Francia de Vichy ha permanecido hasta la década de 1990 como un tema bien poco explorado por la historiografía francesa, que sólo se ha atrevido a abordarlo, con retraso y reticencia, a rebufo de los trabajos pioneros debidos a la historiografía anglosajona¹. Vichy ha sido, hasta la desaparición de sus principales protagonistas, ese «pasado que no pasa»² de la memoria francesa. La representación comúnmente admitida del periodo permitía así esquivar el problema de su examen detallado. Lo que hacía de la Francia de Pétain una suerte de «paréntesis» en la historia francesa, una ruptura en la evolución de la Francia contemporánea y un elemento alóge-

¹ Véase particularmente PAXTON, R. O.: *Vichy France: Old Guard and New Order*, Nueva York, Columbia UP, 1972.

² ROUSSO, H., y CONAN, E.: *Vichy, un passé qui ne passe pas*, París, Fayard, 1994.

no en la esencia de la nación. Por consiguiente, todo lo que parecía característico del periodo de Vichy, y particularmente el regionalismo, pasaba a ser considerado como un elemento extraño a la historia nacional. La historia, como bien sabemos, es concebida como un modelo de lecciones cívicas para el presente: de manera bastante natural, y cívica, los historiadores de los decenios siguientes a la Liberación trataron así al regionalismo, negándole un lugar en la historiografía nacional³. Hubo que esperar a un examen profundo del periodo de Vichy, de su complejidad y de sus ambigüedades, para que se admitiese la continuidad de ciertas prácticas estatales y de representaciones determinadas de la nación, que se extendían entre la Tercera República y el régimen de Pétain⁴. Sólo entonces empezaron a hallar reconocimiento las investigaciones que destacaban que el regionalismo no fue una invención *ex nihilo* del pétainismo, sino que, con anterioridad a aquél, jugó también un papel fundamental en la consolidación de la Francia republicana.

Pero el «síndrome de Vichy»⁵ no es suficiente para explicar enteramente la posición menor asignada al regionalismo en la historiografía francesa. La dinámica centralizadora ha marcado profundamente la construcción del Estado, acentuándose con su modernización y democratización. La perspectiva telenómica, que a menudo influye en las perspectivas historiográficas, no ha contribuido a incitar a los historiadores a interesarse por un regionalismo que parece no haber sido otra cosa que un fenómeno irrisorio e impotente a ojos del centralismo en la administración del Estado y su gestión política. Pero no deja de ser sorprendente que la historiografía francesa, incluyendo a quienes se interesaron por las mentalidades, la vida cotidiana, el «mundo desde abajo», haya persistido durante mucho tiempo en no ver la masa de referencias regionalistas en la prensa, el mundo editorial, la retórica política, las prácticas pedagógicas, las sociabilidades de todo tipo que se han sucedido durante todo el periodo contempo-

³ Se podría suponer que el énfasis en el federalismo de la producción alemana en ciencias sociales tiende, por el contrario, a hacer del centralismo una característica definitoria del régimen nazi, y por tanto extraña a la dinámica nacional alemana. Esta representación, que marca en buena medida las concepciones del gran público y de la retórica política contemporánea, tiende a confundir el federalismo de la Bundesrepublik y la *Kleinstaaterei* de la fase prenatal.

⁴ NOIRIEL, G.: *Les origines républicaines de Vichy*, París, Hachette-Histoire, 1999.

⁵ ROUSSO, H.: *Le Syndrome de Vichy de 1944 à nos jours*, París, Seuil, 1990.

ráneo. No las ha visto, o bien las ha menospreciado y reinterpretado como una protesta condenada al fracaso, procedente de un mundo abocado a la desaparición frente a la construcción de una nación moderna y republicana. Sin embargo, el regionalismo, tanto en Francia como en otros países, ha sido a menudo una parte integrante del proceso de *nation-building*, y no una verdadera resistencia a su complejidad. Pero las grandes ambigüedades de los procesos modernos de construcción nacional, en los que la valoración del pasado sirve con mucha frecuencia a la legitimación de cambios radicales en la sociedad y en los que la consecución de la unidad supone una reconfiguración de la diversidad, nublan con insistencia la comprensión de los fenómenos históricos. La profunda renovación de los estudios sobre el *nation-building* desde hace dos décadas, las nuevas relaciones entre historia política e historia cultural, así como el desarrollo de perspectivas transnacionales sobre estas cuestiones, son factores que permiten hoy comprender y analizar mejor la «paradoja francesa»: la construcción del Estado y su modernización fueron de la mano de una dinámica centralizadora, pero la formación de la nación moderna ha recurrido con fuerza e insistencia al regionalismo.

El jacobinismo francés

En vísperas de la Revolución francesa, el reino de Francia se caracterizaba por su centralismo —empeño de la monarquía a lo largo de los siglos precedentes, y sobre el que aquélla apoyaba su poder—, por la continuidad del territorio —a diferencia del imperio habsbúrgico, por ejemplo, que poseía enclaves más o menos vastos a lo largo del continente europeo— y por una innegable diversidad. La ampliación del dominio real a lo largo de los siglos se había efectuado mediante la incorporación y conquista de poblaciones que conservaban una serie de instituciones, de códigos jurídicos y, obviamente, de prácticas culturales específicas. Esta heterogeneidad no constituía ningún problema en la medida en que la misma era prenda de sumisión y fundamento de la paz civil. Pero empezó a parecer chocante cuando se fue delineando una nueva concepción del mundo, que vinculaba la buena gestión de los seres, de los intercambios económicos y de la producción a una estandarización mínima de los procedimientos y de los estatus. Esto era lo que expresaba la célebre fórmula peyorativa atri-

buida a un ministro de Luis XVI, quien describía Francia como un «agregado amorfo de pueblos desunidos». Los proyectos de racionalización del territorio y de su gestión empezaron a aparecer bajo el Antiguo Régimen; pero, fundado políticamente en la desigualdad y los privilegios de todo tipo, el gobierno monárquico no estaba en la posición adecuada para promover este tipo de reformas. El proceso revolucionario identificó rápidamente la construcción de un mundo nuevo —y mejor— con la uniformización jurídica del territorio, tanto en el plano social como en el geográfico⁶. Tras la abolición de los privilegios de cuna y de las corporaciones, proclamada en la noche del 4 de agosto de 1789, se puso en marcha en los meses siguientes una obra de uniformización radical del espacio estatal. Este espacio, en el que se debían utilizar unidades de medida estandarizadas como el metro, fue enteramente reorganizado mediante su reestructuración en unidades territoriales concebidas para ser estandarizadas, pues habían de tener un mismo estatuto, estar sometidas a las mismas reglas y ser iguales políticamente. De modo contrario a la disparidad del Antiguo Régimen, «esta nueva división fue hecha para unir», en opinión de la historiadora Marie-Vic Ozouf⁷. A imitación de los planos hipodámicos, que pretendían sustituir el oscuro desbarajuste de las ciudades medievales por una combinación de orden y progreso, la reestructuración del territorio nacional en departamentos debía responder a un plan racional: una concepción de raigambre jurídico-matemática, fundada sobre los múltiplos del número nueve, proponía un conjunto de ochenta departamentos además de París. La utopía tenía su raíz en la realidad concreta de lo local, ya que la medida de referencia para el departamento era definida en términos de comunicación: todo ciudadano que viajase a caballo debía poder alcanzar la capital departamental en menos de una jornada. La referencia a parámetros materialistas, dictados por la geografía física, y la falta de recurso a la tradición debía guiar el trazado de los departamentos (subdivididos en distritos y cantones), así como de sus denominacio-

⁶ Véanse particularmente REVEL, J.: «La région», y RONCAYOLO, M.: «Le département», en NORA, P. (ed.): *Les Lieux de Mémoire*, t. III, *Les France. Vol. III: Conflits et partages*, París, Gallimard, 1992, pp. 851-883 y 885-929.

⁷ OZOUF-MARIGNIER, M.-V.: «De l'universalisme constituant aux intérêts locaux: le débat sur la formation des départements en France, 1789-1790», *Annales ESC*, noviembre-diciembre de 1986, p. 1193, e *id.*: *La formation des départements. La représentation du territoire français à la fin du XVIII^e siècle*, París, Editions de l'EHESS, 1989.

nes. Radical, y ejecutado con la mayor celeridad en los inicios del proceso revolucionario, la división departamental se ha revelado como una estructura sorprendentemente duradera, ya que todavía hoy constituye la forma principal de la organización territorial francesa, en forma apenas modificada. Un hecho da medida del lugar fundamental jugado por el departamento en la concepción concreta y simbólica del espacio francés: las regiones administrativas actuales no son sino simples agrupaciones de departamentos. Lejos de sustituir a la estructura territorial revolucionaria, la reestructuración contemporánea la ratifica y la consolida cual una base irrenunciable.

Sería osado querer ofrecer una explicación simple a esa pervivencia en la larga duración, más allá de los cambios de régimen político, de la división departamental. Se puede señalar que el desarrollo de los intercambios económicos y de las formas de producción empujaba más hacia el mantenimiento de una organización uniformizada que hacia un retorno a las infinitas disparidades del Antiguo Régimen. Las corrientes monárquicas, a lo largo del siglo XIX, reivindicaron el reestablecimiento de las «libertades de las antiguas provincias», postulado que subsiste en Charles Maurras a fines de esa centuria. Pero esas provincias «históricas», de hecho, no configuraban espacios unificados en el Antiguo Régimen, pues en su seno se reproducían de modo escalonado las disparidades territoriales. Paradójicamente, se puede señalar que la división en departamentos sirvió a una centralización creciente del poder tras la Revolución. Decimos paradójicamente porque, *a priori*, la división departamental iba de la mano de una nueva concepción del poder, la de la nación soberana. El conjunto de los ciudadanos, cualesquiera que sea su origen social y geográfico, debía formar un cuerpo político único, del que emanaban sus poderes legítimos. Contra el principio del centralismo monárquico versallesco prevalecía inicialmente el principio de los poderes compuestos de representantes de los ciudadanos, elegidos según un principio local (Asamblea nacional, administración municipal e incluso responsables de la Administración y de la Justicia). La Fiesta de la Federación, el 14 de julio de 1790, debía celebrar una Francia nueva, en la que la antigua dinámica de la dominación de un territorio dispar a partir de un centro todopoderoso abriría paso a la convergencia voluntaria hacia un centro simbólico de un pueblo unificado. Pero, como es sabido, la violencia de los conflictos sociopolíticos que se sucedieron tras 1789, la guerra en las fronteras, las insu-

rrecciones de ciudades y de amplias partes del territorio francés dejaron en suspenso el proceso democrático. El periodo del Terror restituyó el centralismo en su forma más extrema, y substituyó los poderes locales electos por representantes designados directamente por el poder de París. Promovió además una guerra patriótica y, al mismo tiempo, civil. Sus oponentes dentro del territorio nacional fueron tachados de federalistas. Y los ejércitos coaligados de contrarrevolucionarios y extranjeros, se temía, podrían encontrar apoyo en todo aquello que caracterizaba a los enemigos de la nación: no sólo la pertenencia a la aristocracia y el clero, o el mantenimiento de una práctica religiosa católica, sino también las prácticas culturales vinculadas a la diversidad territorial del Antiguo Régimen.

Al final, el proceso de democratización retomó su curso. Pero los poderes que se sucedieron desde entonces mantuvieron el centralismo. Elemento que no ha cesado de acentuarse a medida que se desarrollaban los ámbitos de intervención del Estado. Pues el centralismo es de una eficacia innegable a la hora de permitir conservar el poder a quienes llegan a él por primera vez. Y es entonces cuando la estructura departamental, inicialmente de inspiración descentralizadora, se revelaba de gran utilidad: los departamentos constituían unidades demasiado débiles para que se formasen en ellas poderes locales capaces de contrarrestar al poder central. Sus competencias fueron limitadas rápidamente. El régimen imperial napoleónico instauró en cada departamento la figura de un representante del poder ejecutivo central, el prefecto, cuyos poderes excedían ampliamente los de la asamblea departamental electa, el Consejo General.

El periodo revolucionario, que hemos evocado aquí de modo sumario, generó un conjunto de estructuras y de prácticas que perduran hasta el día de hoy: uniformización administrativa, fiscal, jurídica, política del territorio, centralismo. La «memoria» de la Revolución, como la elaboraron y difundieron los historiadores republicanos del siglo XIX en el curso de luchas políticas diversas y en un mundo que ya no era el de 1789, produjo también una serie de concepciones de Francia y de la República que han simplificado considerablemente los términos de la discusión original. Desde esta perspectiva, la diversidad, bajo cualquiera de sus formas, administrativa o lingüística, ha sido presentada como una amenaza para la cohesión nacional, portadora de un riesgo de desmembración del país y sostén permanente de las fuerzas reaccionarias y antirrepublicanas. Por retomar la fórmula

generalmente utilizada en este contexto: o Francia es jacobina, o está en peligro. Por jacobinismo se entiende aquí no una forma de poder revolucionario, sino un centralismo absoluto que constituiría la misma esencia de la República francesa. Esta argumentación sigue estando muy viva en el debate público y político contemporáneo.

La regionalización como proyecto eterno

La acentuación del centralismo estatal a lo largo de los dos siglos que siguieron a la Revolución no significó que ese centralismo nunca fuese cuestionado. Todo lo contrario: la crítica del excesivo centralismo francés formó parte de los tópicos más comunes de la retórica nacional. Esta crítica era, a decir verdad, ambivalente: criticar el excesivo centralismo del Estado puede ser un medio prudente, o eficaz, de atacar de hecho la forma de Estado, o bien el régimen vigente. El anti-centralismo de los monárquicos legitimistas a lo largo del siglo XIX es una forma, apenas camuflada, de criticar a regímenes constitucionales o republicanos. Pero el centralismo podía ser criticado también, desde el otro extremo, en nombre de reivindicaciones democráticas. Numerosos notables y activistas políticos locales expresaron a partir de mediados del siglo XIX sus quejas hacia un poder central que rechazaba el concederles responsabilidades en la gestión del país. Los firmantes del primer gran manifiesto por la descentralización, el Programa de Nancy (1865), redactado en tiempos del Segundo Imperio, eran notables cuya familia había jugado un cierto papel político con anterioridad a la instauración del Segundo Imperio. Al criticar la institución del prefecto, que encarnaba la intromisión del poder central en la esfera local, esos notables reivindicaban una ampliación del poder municipal y un límite al poder de decisión de París sobre las provincias⁸.

Desde mediados del siglo XIX, la supresión del departamento (y del cuerpo de prefectos) fueron reclamados de manera regular en beneficio de una ampliación de los poderes de los municipios y de la creación de una nueva institución: la región. La región (es de hecho en este contexto que el término comienza a adquirir su sentido actual)

⁸ GRAS, Ch., y LIVET, G. (dirs.): *Régions et régionalismes en France du XVIII^e siècle à nos jours*, París, PUF, 1977. Igualmente, RIEMENSCHNEIDER, R.: «Décentralisation et régionalisme», *Romantisme*, núm. 35 (1982), pp. 115-133.

es concebida como un escalón de poder ampliamente superior al departamento, con vistas a equilibrar el poder central y servir de intermediario entre el municipio y el Estado. Son numerosos los ideólogos del siglo XIX, de Tocqueville a Proudhon, que clamaron por la creación de regiones. Con divergencias notables, sin embargo, a la hora de encajarlas en el proceso de recomposición del Estado que tal creación conllevaría. Los liberales *tocquevillianos* favorables a una restricción de los poderes del Estado pretendían que este último conservase en sus manos las funciones estrictamente políticas, y que transfiriese a los municipios y a las regiones lo esencial de los poderes de gestión. El proudhonismo inspiró una serie de concepciones de tipo federalista, con delegaciones sucesivas de la soberanía al Estado a través de una serie de cuerpos intermedios.

De hecho, la crítica del extremo centralismo francés y las reivindicaciones descentralizadoras no cesaron de aumentar a partir de mediados del ochocientos. La confrontación entre una economía liberal en una fase de expansión industrial y un poder político y administrativo muy concentrado abría numerosos campos de conflicto, particularmente alrededor de la cuestión de las grandes obras de infraestructura. La red en «tela de araña», que hace converger las vías de comunicación en la capital en detrimento de las relaciones entre el resto de las partes del territorio, empezaba a convertirse en el símbolo visual más característico del centralismo francés: el pulpo parisino asfixiando a un país cuya sustancia aspira. El peso creciente de París en la economía francesa y su crecimiento demográfico, que hizo de la ciudad una urbe de tamaño desproporcionado en relación con las demás ciudades francesas⁹, eran factores que reforzaban la metáfora. París aparecía como el Moloch que se alimentaba del éxodo rural, secando el territorio de sus fuerzas vivas. La crítica al centralismo francés, desde entonces, se convirtió en un elemento recurrente y extendido en la esfera pública.

La *Ligue nationale de Décentralisation*, creada en 1895, contaba entre sus dirigentes a notables de la política, la cultura y la economía

⁹ En 1789, París contaba apenas 600.000 habitantes; un siglo más tarde había pasado a tener 2,3 millones, que fueron 2,9 millones en 1911. En la misma época, las dos mayores ciudades de provincia, Lyon y Marsella, no pasaban del medio millón de habitantes cada una. París, a principios del siglo XX, concentraba al 1 por 100 de la población francesa, sin tener en cuenta sus barrios periféricos, entonces en plena expansión.

de adscripciones ideológicas diversas, aunque la derecha predominaba entre ellos. Monárquicos y republicanos se codeaban en la Liga con radicales como el vicepresidente de la organización, Charles Beauquier. La Liga, que postulaba un reforzamiento de los poderes de los municipios, se decía animada por una voluntad patriótica y ecuménica, consistente en «agrupar a todos los franceses por el bien público y el restablecimiento de la patria». Las tensiones internas inducidas por el caso Dreyfus¹⁰, que afectaron a este tipo de grupos transversales, llevaron a la formación de un nuevo movimiento descentralizador, la *Fédération Régionaliste Française*. Sólo entonces el término regionalismo, prácticamente ignoto hasta entonces, entra plenamente en el discurso público.

Las críticas al centralismo francés, y la reivindicación descentralizadora, adquirió de hecho desde el siglo XIX una función duradera en el debate político francés: la de un consenso compartido que iba más allá de las familias políticas. Cierto es que las divergencias entre los descentralizadores surgían, de modo irreconciliable, a la hora de pasar de la reivindicación a la puesta en práctica de medidas descentralizadoras concretas. Pero, precisamente, la descentralización recibió el estatus singular de proyecto perpetuo, sistemáticamente frustrado. Es digno de destacar que los republicanos, desde el momento en que accedieron de forma estable al poder, evitaron de modo indefinido el enfrentarse a una reforma de signo descentralizador, la misma que habían reclamado hasta su ascensión al poder. Y que no dejarán jamás de prometer, en nombre de la democracia y del interés de la nación bien entendido. La reivindicación descentralizadora, crítica perpetuamente ineficaz de un centralismo que siempre ganaba nuevas cotas, asumió de hecho, a partir de la Tercera República, la función de un discurso reformador del Estado, acerca del cual, en una versión minimalista, todas las opiniones podían estar de acuerdo en

¹⁰ Los secretarios de la Liga por la Descentralización eran los jóvenes Félix Amouretti y Charles Maurras, que se habían dado a conocer anteriormente en el movimiento del *Félibrige*. Charles Maurras, que tuvo su primera intervención pública de relieve en 1892, al final de un banquete de los *félibres*, publicó en 1898, en pleno auge del *affaire Dreyfus*, un folleto titulado *Décentralisation*, dedicado «A la doctrina de nuestros maestros Comte, Le Play, Renan y Taine; a los señores oficiales del Estado Mayor del Ejército francés ultrajados por los enemigos del Estado». En 1905, en una controversia con el abogado socialista republicano Paul-Boncour, afirmaba que la República era incapaz de acometer la necesaria descentralización (*Décentralisation*, París, Revue Encyclopédique, 1905).

nombre del pragmatismo y del interés colectivo. De ahí la gran dificultad en clasificar con base en las categorías políticas tradicionales (derecha frente a izquierda) un discurso cuya repetición recurrente le permitía una capacidad de convocatoria suprapartidaria, antes de que el enunciado de medidas concretas que derivaban de ese mismo discurso acabase provocando divisiones... en el mismo interior de las categorías políticas tradicionales¹¹.

¿Cuántas regiones hay en Francia?

La postergación permanente de los proyectos de regionalización, presentados no obstante ello de modo regular como un progreso necesario y una corrección indispensable del «mal francés», no puede ser atribuida únicamente al deseo de evitar la competencia de otras fuentes de poder por parte de quienes detentan el poder central. También en el nivel local, los proyectos de regionalización han dado lugar a agudos problemas. El primero es la propia delimitación de las regiones. Desde mediados del siglo XIX han sido numerosos los proyectos de división regional de Francia, efectuados según variados criterios y tomados de la historia política o cultural, de la geografía física o humana, o bien de la economía, o de una combinación de todos a la vez. Los resultados han sido muy diferentes, y no sólo en el trazado de las regiones, sino también en su número, que va desde algunas unidades a más de cincuenta. La definición de las regiones y de sus futuras capitales también ha sido fuente de violenta rivalidad, que daba lugar a argumentos diversos que rechazaban con energía la adscripción a tal o cual reorganización territorial propuesta. No evocaremos aquí más que uno de esos conflictos, cuyos términos fueron limitados. En 1937, con motivo de la Exposición Internacional de las Artes y las Técnicas organizada en París, la sección francesa de la Exposición fue colocada bajo el signo del regionalismo. Estaba previsto presentar esta sección gala bajo la forma de una serie de pabellones regionales con arquitecturas de inspiración igualmente regio-

¹¹ Nos podemos preguntar incluso, a este respecto, si el avance de proyectos de descentralización bajo la Quinta República no ha tenido por objetivo el paliar un déficit de confianza hacia el Gobierno entre la opinión pública, llevando a cabo de modo puntual reuniones con visos federativos sin que se invierta verdaderamente en el proyecto mismo.

nal, según el modelo conocido, pero modernizado, de los «pueblos etnográficos» de las Exposiciones internacionales. Se había previsto una distribución en 17 regiones, que correspondía a las 17 regiones económicas que habían sido delimitadas para reagrupar las Cámaras de Comercio. Y se mantuvo... al precio de la aparición de «regiones 6 bis» y «regiones 6 ter», «9 bis», «16 bis», etc. Al final hubo 25 regiones. El temor a que la propia representación fuese dominada por una ciudad próxima o rival fue considerada como un agravio más insoportable que la común sujeción a París. Al final, cada proyecto de división regional podía acabar por reforzar el centralismo¹² y la aceptación del jacobinismo como rasgo tal vez molesto en ocasiones, pero a fin de cuentas irrenunciable, de Francia.

La única división regional que tuvo éxito fue la efectuada en 1960, que creó 21 regiones. El nudo gordiano de la creación de nuevas subdivisiones territoriales fue resuelto del modo más simple, ya que las regiones consisten en agrupaciones de departamentos. Pero

¹² Entre 1851 y 1912 se publicaron por lo menos 22 proyectos de división regional. Los mapas resultantes difieren enormemente, y el número de regiones propuestas varía entre 7 y 32. La región que parece imponerse de modo más evidente es Bretaña, pero los trazados de sus fronteras también varían de un autor a otro. También es de destacar que Córcega, reagrupada en una región mediterránea de amplitud variable, jamás es considerada como una región por sí misma. A partir de 1871, varias proposiciones de ley de regionalización fueron presentadas en la Cámara de Diputados, particularmente el proyecto Beauquier de 1902 y los proyectos Hennessy de 1915 y 1916, que incluían la creación de 18 consejos económicos regionales que gozarían de delegación o concesión de competencias en obras y servicios públicos locales por parte del Gobierno central. Estos proyectos constituyeron la base de la creación en 1919, por decreto ministerial, de 17 agrupamientos económicos regionales que federaban las cámaras de comercio locales. La división del territorio adoptada se inspiraba en la cartografía regional propuesta por Paul Vidal de la Blache, fundador de la escuela francesa de geografía humana (sobre estos proyectos, véase FLORY, Th.: *Le Mouvement régionaliste français, sources et développements*, París, PUF, 1966). En julio de 1940, el Gobierno de Pétain anunció un gran proyecto de regionalización política que desembocó en enero del año siguiente en la creación de una comisión *ad hoc* del Consejo Nacional. La comisión elaboró un proyecto de división de Francia en veinte provincias —el término estaba cargado en la época de una connotación derechista y antirrepublicana—. La particularidad de este proyecto fue que no tenía para nada en cuenta la partición efectiva de Francia tras el armisticio de junio de 1940. De todos modos, no tuvo ninguna aplicación práctica, pues el Gobierno de Vichy se guió en la praxis por un centralismo antidemocrático (suspensión del sufragio universal) en el marco de una política colaboracionista con el ocupante. Véase BARRAL, P.: «Idéal et pratique du régionalisme dans le régime de Vichy», *Revue Française de Sciences Politiques*, XXIV:5 (1974), pp. 911-939.

esas regiones creadas en los inicios de la Quinta República sólo han sido durante varias décadas cáscaras vacías, hasta la ley de 1982 que hizo de ellas colectividades territoriales con competencias de poder compartidas con el Estado en ámbitos como la cultura, el transporte y el desarrollo económico. Sus atribuciones y sus presupuestos son muy limitados, al menos en comparación con las instituciones regionales de otros países¹³. La disparidad de su peso demográfico y económico, su elevado número, plantea la cuestión, en el nuevo marco de la Unión Europea, de una nueva reordenación regional... que, disminuyendo el número de regiones, abriría indudablemente nuevas controversias.

Hubo una región francesa que, por mor de los avatares de su historia contemporánea, podría haber quebrado el riguroso jacobinismo que organiza el funcionamiento jurídico, administrativo y político del Estado: Alsacia. Incorporada al imperio alemán tras la derrota de 1870, volvió a ser francesa tras la Primera Guerra Mundial. Entonces se discutió sobre si era necesario borrar sistemáticamente el medio siglo de legislación y administración alemanas, o bien si había que aprovechar la oportunidad para experimentar en ese territorio una relativa autonomía regional, que podría servir de ejemplo para el resto del territorio francés. Pero las demandas de autonomía relativa por parte de los alsacianos, asimiladas a una tentación secesionista o a manipulaciones alemanas, fueron rechazadas. Los territorios de la Alsacia-Lorena reconquistada se convirtieron en departamentos como los demás, con la excepción de algunas disposiciones jurídicas menores y, sobre todo, del mantenimiento del régimen de Concordato, abolido en Francia en 1905. Sólo en época muy reciente, y en el marco de la difícil gestión por parte del Estado central de un conflicto violento, se ha constituido una región con un estatuto específico: Córcega.

Con motivo de la creación de las regiones administrativas francesas, Córcega no parecía formar un conjunto específico, y sólo en 1970

¹³ El estallido de escándalos de corrupción en la gestión de los presupuestos regionales, casos que implicaron a los principales partidos políticos franceses y a personalidades concretas, contribuyó a reavivar las sospechas hacia los poderes locales. La administración central y su cuerpo de funcionarios son considerados a menudo como una protección eficaz contra la corrupción, mientras que los cargos electos locales y sus administraciones serían más sensibles a fenómenos de ese tipo, por estar demasiado ansiosos de satisfacer a sus electores y sucumbir fácilmente a la tentación de anteponer los intereses particulares al interés colectivo.

la región de Córcega fue desgajada de la región Provenza-Costa Azul. A mediados de la década de 1970 surgieron reivindicaciones autonomistas, en un trasfondo de crisis social y económica (región agrícola y montañosa pobre, con tradiciones políticas clánicas y clientelistas, que sufría un fuerte flujo inmigrante y donde se habían instalado desde la independencia de Argelia repatriados de aquella colonia, favorecidos por las ayudas concedidas por el Estado francés). Surgió un movimiento llamado Frente de Liberación Nacional Corso, y se desencadenó una espiral de violencia y represión. La criminalización de una parte del movimiento nacionalista, la falta de coherencia de las sucesivas políticas gubernamentales, la violencia interna de las organizaciones nacionalistas corsas (con secuelas como los asesinatos entre grupos rivales y la ejecución de un prefecto), son factores que han convertido la cuestión corsa en un asunto imposible de gestionar por las diversas partes implicadas. El centralismo francés y la noción de uniformidad del territorio se revela como un marco poco apropiado para resolverlo. Los diversos gobiernos de derechas e izquierdas alentaron varios proyectos que proponían legitimar un estatuto particular para Córcega sin cuestionar el principio de la unidad/uniformidad del territorio nacional. Pero ninguno de ellos ha ofrecido hasta ahora una solución a una crisis cada vez más violenta. Finalmente, se ha impuesto la idea de adoptar como modelo el ofrecido por los territorios de ultramar, particularmente tras la crisis de Nueva Caledonia, pero con fuertes restricciones en el grado de autonomía efectiva. En 2003 se sometió a referéndum un proyecto de estatuto específico para Córcega. En él se preveía la constitución de una única entidad territorial, con estatuto diferente del de las regiones francesas. Pero fue rechazado por el 51 por 100 de los electores corsos.

La reivindicación de la existencia de una nación corsa con derechos específicos —a la autonomía, y eventualmente a la independencia— es muy reciente, pues apenas se registra aparición alguna de esa idea con anterioridad a la década de 1970. Pero desde mediados del siglo XIX, varios grupos han postulado de modo regular la existencia de otras naciones en territorio del Estado francés. En Bretaña y en el Sur de Francia, particularmente, el proceso europeo de construcción de lenguas y de culturas nacionales, entonces en pleno auge, estimuló la aparición de movimientos nacionalitarios que emprendieron las iniciativas usuales: codificación de una lengua escrita moderna basada en las hablas populares y una antigua tradición escrita, redacción

de textos literarios y publicación de revistas en esa lengua renovada, codificación de una historia nacional específica, determinación de un carácter nacional, de una cultura popular particular, etc. Miembros del clero y de la aristocracia jugaron un papel relativamente importante en el movimiento bretón. Por el contrario, el *Félibrige* provenzal, constituido en 1854, y que bajo la égida de Frédéric Mistral experimentó una notable expansión en todo el mediodía francés, atrajo a sus filas a personas de procedencias sociales y simpatías ideológicas muy diversas¹⁴. La existencia de una nación oprimida, que debía exigir un reconocimiento más justo de sus derechos, era un punto constante en las reivindicaciones de estos movimientos. Pero estos discursos, por veces inflamados, nunca desembocaron realmente en verdaderas iniciativas políticas. El crecimiento económico y la democratización progresiva del Estado francés ofrecían amplias oportunidades a los grupos sociales que podían jugar un papel determinante en este tipo de movimientos, por lo que la opción de la secesión no se planteaba como una posibilidad seria.

Sólo durante el siglo XX, y particularmente en el periodo de entre-guerras, tuvo lugar una radicalización de las reivindicaciones nacionalitarias, que llegaron incluso a postular el separatismo. El principio de las nacionalidades, en su versión wilsoniana o estaliniana, así como el ejemplo irlandés, fueron invocados por los militantes nacionalistas flamencos o bretones. Hay que destacar que sus simpatías ideológicas iban desde la extrema derecha hasta la izquierda comunista. Durante la década de 1930 recibieron un cierto apoyo por parte de la Alemania nazi y de la Italia fascista (en el caso de Córcega)¹⁵. Algunos de esos militantes nacionalistas se comprometieron con la Resistencia, pero la participación de muchos otros con los ocupantes arrojó un profundo descrédito sobre sus movimientos tras la Liberación. Las reivindicaciones nacionalitarias, de hecho, sólo surgieron en la década de 1960, reformuladas ideológicamente en la extrema izquierda.

¹⁴ Para el movimiento bretón, DENIEL, A.: *Le mouvement breton, 1919-1945*, París, Maspéro, 1976, así como LE COUÉDIC, D., y TEILLARD, J.-Y. (dirs.): *Ar Seiz Breur (1923-1947)*, Rennes, Terre de Brume et Musée de Bretagne, 2000, pp. 186-208 y 242-255. También, GRAS, S., y GRAS, Ch.: *La révolte des régions d'Europe occidentale de 1916 à nos jours*, París, PUF, 1982. Para el *Félibrige*, MARTEL, Ph.: «Le Félibrige», en NORA, P. (dir.): *Les Lieux de Mémoire...*, op. cit., t. III, vol. 2, pp. 566-611, y PASQUINI, P.: «Félibrige et traditions», *Ethnologie française*, 3 (1988), pp. 257-266.

¹⁵ ORY, P.: *Les Collaborateurs, 1940-1945*, París, Seuil, 1977.

Sus argumentos se inspiraron entonces en las luchas de descolonización recientes, y proclamaban la existencia de «colonias internas de Francia» bajo la dominación de un Estado francés imperialista en esencia y al servicio del capitalismo. De ahí el nombre del movimiento bretón, inspirado por el FLN argelino: Frente de Liberación Bretón (el modelo fue retomado posteriormente por los corsos). Por virulenta que haya sido su expresión retórica, y pese a algunas manifestaciones esporádicas de violencia, estos movimientos jamás han sido una amenaza para la estabilidad del territorio francés, y su eco popular siempre ha sido muy débil, salvo en Córcega. Francia nunca ha conocido la existencia de verdaderos partidos políticos que representasen a una «nación minoritaria». Los escasos partidos regionalistas surgidos aquí y allá tuvieron una existencia más bien efímera. Se puede medir la fuerza del centralismo francés, de hecho, a través del funcionamiento de la vida política y de su amplia aceptación por la opinión pública.

Dos siglos después de la proclamación de la nación en el sentido político del término, el Estado francés está anclado en un centralismo y un jacobinismo que parecen partes integrales y garantías de su eficacia, de su estabilidad y de su esencia republicana. Pero la construcción de la nación también se ha efectuado, paralelamente, en el orden cultural: el papel jugado por el regionalismo ha sido, en este aspecto, fundamental.

Construir la nación y sus regiones

La Revolución francesa había proclamado una nueva concepción de la nación política: un cuerpo político de individuos iguales, unidos por un contrato libremente consentido y único titular legítimo de la soberanía. Pero los ideólogos del siglo XVIII habían empezado a elaborar igualmente una concepción de la comunidad concreta destinada a constituir, de manera estable, ese cuerpo político, y a delinear sus límites territoriales. La nación también era comunidad de nacimiento y de cultura, compuesta por individuos que compartían un mismo patrimonio. Para ser soberana y libre, la nación debía ser apuntalada por ese formidable factor de cohesión que era la creencia en un mismo origen, la práctica de una cultura común y específica. Sólo esto podía asegurar la movilización colectiva alrededor de un destino

común. En resumen, la unidad cultural era la garantía de la nación moderna, una sociedad de individuos (masculinos) jurídicamente iguales y cuerpo político unificado. Pero la fragmentación cultural, social y geográfica caracterizaba a todos los Estados del Antiguo Régimen. Las culturas nacionales europeas se construyeron como una unificación voluntarista contra esta diversidad de hecho. Una transformación radical que no fue presentada como la modernización que de hecho era, sino como la restitución (denominada, según los países, *despertar*, *renacimiento* o *resurrección* nacional) de una unidad cultural primordial y que había sido olvidada, perdida u ocultada¹⁶. El proceso revolucionario de 1789 había llevado a un punto muy avanzado en un tiempo muy breve la construcción política de la nación, mientras que la construcción cultural de la misma seguía siendo embrionaria. Esta divergencia inicial en la construcción de la nación explica sin duda una parte de las ambigüedades que fueron características de la relación entre la República francesa y los particularismos culturales.

Lógicamente, los particularismos fueron considerados en 1789 como residuos del Antiguo Régimen y obstáculos a la nación moderna. Pero es más fácil suprimir la diversidad fiscal, jurídica o administrativa de un territorio que uniformizar su cultura. La cuestión lingüística ilustra de modo ejemplar los problemas que planteaba el tratamiento de los particularismos. Los revolucionarios estimaron pronto que era necesario uniformizar la lengua para permitir a los ciudadanos el debate público sobre los asuntos comunes. Esta concepción de la unidad lingüística como condición de existencia de la nación política era común entre la mayoría de los teóricos europeos progresistas del momento, como ponen de manifiesto los importantes trabajos filológicos emprendidos en el siglo XIX para construir lenguas nacionales modernas. Desde los inicios del proceso revolucionario fue esbozada una política de instrucción pública, pero en un primer momento y por puro pragmatismo los nuevos decretos fueron traducidos en las principales lenguas usadas en el hexágono¹⁷. El abate Grégoire promovió en agosto de 1790 una encuesta para un mejor

¹⁶ THIESSE, A.-M.: *La création des identités nationales, Europe XVIII-XX^e siècle*, París, Seuil, 1999.

¹⁷ Entre las principales variedades lingüísticas en uso en el territorio francés en 1789 figuraban los diversos dialectos occitanos y del francés, bretones, vascos, germánicos, flamencos, italianos (corsos) y catalanes.

conocimiento de la situación lingüística del país¹⁸, cuyo objetivo era planificar en un plazo prudencial la desaparición de la disparidad dialectal en beneficio de una única lengua nacional¹⁹. Pero frente a la serie de graves crisis, internas y externas, que ponían en peligro a la nación nueva, el ejecutivo quería transformar este proyecto a largo plazo en una prioridad urgente. Ante la Convención, y en nombre del Comité de Salud Pública, Barrère²⁰ reclamó la supresión urgente de los dialectos o *patois*: «El federalismo y la superstición hablan bretón; la emigración y el odio a la República hablan alemán; la contrarrevolución habla italiano y el fanatismo habla vasco. Quebreemos esos instrumentos de error y daño [...] En un pueblo libre debe haber una misma lengua para todos»²¹. De supervivencia del Antiguo Régimen abocada a extinción «natural» o a corrección por la pedagogía, la diversidad lingüística había pasado a ser un bastión de la contrarrevolución, que debía ser erradicado rápidamente. El informe que el abate Grégoire presentó a la Convención en Prairial del año II se titulaba de hecho *Informe sobre la necesidad de aniquilar los dialectos [patois] y de universalizar el uso de la lengua francesa*. Para plantearlo claramente, el proyecto no era tan fácil de realizar. La universalización —en territorio francés— de la lengua francesa requerirá un siglo largo, impulsada por el desarrollo de un sistema educativo progresivamente generalizado, los intercambios intraterritoriales y las exigencias de la movilidad social.

No es menos cierto que la diversidad lingüística siguió siendo asociada al peligro contrarrevolucionario y clerical. La unificación lingüística no es algo exclusivo de la Francia postrevolucionaria, pues, como es sabido, fue parte fundamental de la mayoría de los procesos

¹⁸ Lorenés, el cura Henri Grégoire era diputado por su estamento en los Estados Generales de 1789. Contribuyó a la unión del bajo clero y del Tercer Estado. Fue el primero en prestar juramento a la Constitución Civil del Clero. Diputado en la Convención, reclamó la instauración de la República en 1792. Hizo votar, igualmente, la abolición de la esclavitud. Más tarde fue contrario al Imperio y mantuvo sus convicciones republicanas.

¹⁹ DE CERTEAU, M.; JULIA, D., y REVEL, J.: *Une politique de la langue. La Révolution française et les patois*, París, Gallimard, 1975.

²⁰ Bertrand Barrère de Vieuzac, originario de Tarbes, fue diputado por el Tercer Estado en 1789. Partidario de la Convención y gran orador, fue miembro del Comité de Salud Pública. Bajo la Convención dominada por la Montaña, fue el responsable de asuntos exteriores.

²¹ BARRÈRE: *Rapport sur les idiomes*, Pluvioso Año I.

de construcción nacional contemporáneos en Europa. Pero la intolerancia frente a la diversidad fue en Francia más intensa que en otros países, en razón de esa connotación política original, prolongada por el largo conflicto que persistió entre los republicanos y un clero católico acusado de predicar en las lenguas y dialectos locales para mejor mantener a sus fieles en el oscurantismo. Ello no impidió la constitución de lenguas *regionales*, según el modelo europeo de formación de lenguas nacionales, mediante la síntesis y estandarización de dialectos. Pero esas lenguas locales nunca tuvieron reconocimiento oficial en el marco nacional²², salvo como elementos patrimoniales²³. Los particularismos culturales, al tiempo que combatidos por ser sospechosos de evocar el Antiguo Régimen, fueron rápidamente valorados

²² En 1992, al ser revisada la Constitución, el artículo 2 de la Carta Magna de la Quinta República fue modificado para introducir la siguiente sentencia: «el francés es la lengua de la República». Las Constituciones precedentes no incluían ninguna referencia al respecto. Este añadido tardío, que puede parecer un tanto aberrante, ya que la generalización de la lengua francesa es un hecho incontestable en el territorio nacional, denota únicamente que la cuestión de las lenguas regionales todavía puede ser invocada para apelar a la «unión republicana» contra los peligros de «disgregación de la nación», evitando de paso abordar problemas más reales como las desigualdades sociales. Lo que confirma la intensidad de los conflictos desencadenados entre los partidos políticos y la opinión pública cuando fue examinado el proyecto de la Carta Europea de las Lenguas Regionales y Minoritarias. Suscrita parcialmente por Francia, finalmente la Carta fue declarada anticonstitucional en nombre del nuevo artículo 2 de la Constitución francesa. Por el contrario, los Consejos regionales, cuyas competencias, poco desarrolladas, atañen a una parte de los asuntos culturales locales, han promovido recientemente una política de exaltación de las lenguas regionales, utilizadas en la promoción turística de las regiones y en diversas operaciones de marketing identitario. Se crearon algunos puestos que requerían el conocimiento de las lenguas regionales. La enseñanza de las lenguas regionales fue autorizada en la enseñanza pública, con un rango legal bastante semejante al de las lenguas extranjeras, a razón de algunas horas por semana. Los concursos de provisión de docentes públicos especializados (CAPES) en lenguas minoritarias comenzaron a convocarse desde principios de la década de 1990.

²³ La lengua de oc u occitano fue considerada a menudo, en la escuela primaria de la Tercera República, como un vehículo «auxiliar» para la enseñanza de la lengua francesa. Pues permitía, según afirmaban algunos maestros del sur de Francia, explicar las dificultades (etimologismos) de la ortografía francesa, ya que el occitano había conservado de sus orígenes latinos algunos fonemas que el francés moderno, salido de la lengua *d'oil*, apenas conservaba. Los dialectos occitanos fueron declarados, incluso, el «latín del pueblo», es decir, el sucedáneo de la comunión con los orígenes que los alumnos burgueses descubrirían en la enseñanza de las Humanidades clásicas. Sobre las actitudes de la escuela republicana frente a las lenguas regionales, véase CHANET, J.-F.: *L'Ecole républicaine et les petites patries*, París, Aubier, 1994, pp. 203-284.

como «reliquias» de la cultura originaria, vestigios arqueológicos a partir de los cuales podía reconstituirse la auténtica, eterna y olvidada cultura nacional²⁴.

Desde fines del siglo XVIII, Bretaña fue celebrada como el repositorio mejor conservado de la cultura ancestral francesa, por mor de la filiación céltica del bretón, hablado en una parte de la península. Es la época en la que la moda céltica, en boga desde la publicación de las epopeyas osiánicas²⁵, hacía furor en la determinación de los antepasados nacionales. Formados en el humanismo clásico, los hombres de la Revolución habían dibujado el porvenir sobre los colores de la República romana. Pero la necesidad de delimitar la identidad nacional francesa en un escenario europeo en el que las naciones modernas empezaban a ser dibujadas bajo la égida de antepasados «bárbaros» y específicos hizo surgir rápidamente la referencia a los galos como la variante típicamente francesa de los orígenes célticos²⁶. Y se planteó el mismo postulado que en el resto de Europa: la cultura originaria de la nación no podía ser reencontrada en la cultura de elite, transnacional, sino en la(s) cultura(s) popular(es) que a través de la tradición habían transmitido, al precio de algunas alteraciones, el legado de los ancestros fundadores. La arqueología de lo nacional pasaba, por tanto, por la etnografía. La Academia Céltica, fundada en 1805 —en época del Imperio— para recopilar las fuentes históricas, lingüísticas y etnográficas de la nación francesa, contaba entre sus miembros fundadores con varios representantes oficiales de la Primera República²⁷.

²⁴ Acerca de la complejidad de la mirada revolucionaria sobre el espacio francés, véase el monográfico editado por MARTEL, P.: *L'invention du Midi, représentations du Sud pendant la période révolutionnaire*, núm. especial de la revista *Amiras. Repères occitans*, Aix-en-Provence, Edisud, 1987.

²⁵ En 1761 y 1763 se publicaron dos epopeyas atribuidas a un bardo gaélico del siglo III d. de C., que el joven poeta escocés Macpherson afirmaba haber recogido entre los campesinos de las Tierras Altas y las islas del norte de Escocia. El éxito de esas epopeyas en Gran Bretaña y después en el continente fue considerable, y constituyó el punto de partida de la gran renovación cultural e ideológica que posibilitó la construcción de las naciones modernas. La posesión de antepasados «bárbaros», preferentemente célticos, se convirtieron desde entonces en la referencia genealógica máspreciada.

²⁶ Théophile de la Tour d'Auvergne, de origen bretón y «primer granadero de la República», publicó en 1792 varias investigaciones sobre las antigüedades bretonas, reunidas poco después con el título *Origines gauloises, celles des plus vieux peuples d'Europe, pour servir à l'histoire ancienne et moderne de ce peuple et à celle des Français*.

²⁷ Sobre la Académica Céltica, BELMONT, N.: *L'Académie celtique*, París, Editions du Comité des Travaux Historiques et Scientifiques, 1996, así como OZOUF, M.: «L'in-

Y estableció sobre todo un cuestionario detallado sobre las costumbres, usos y supersticiones de las poblaciones francesas, mientras que se llevaba a cabo una encuesta lingüística para recopilar todos los «idiomas» en uso en Francia. La búsqueda ilusoria de los restos de la lengua de los galos en los *patois* franceses fue abandonada rápidamente, pero los trabajos de la Academia Celta inauguraron una serie aún más numerosa de sociedades eruditas (*sociétés savantes*) que a lo largo del siglo XIX se lanzaron a reencontrar en las profundidades de las provincias las formas vivas de la cultura nacional primitiva²⁸. Como en otras partes de Europa, los territorios más pobres y más aislados fueron revalorizados simbólicamente como «reservas» de autenticidad. Bretaña, sobre todo, pero también Auvernia, devenían así una suerte de museos vivos de la nación originaria.

El renovado interés de las elites sociales por los particularismos culturales contribuyó, por otro lado, a intensificarlos, o bien a reavivar usos y costumbres en vías de extinción. Mientras que a principios del siglo XIX los primeros viajeros que evocaban en sus relatos las costumbres locales deploraban su desaparición y la invasión de la moda parisina, a lo largo del siglo se representaron costumbres regionales cada vez más espectaculares, coloristas y codificadas, convirtiéndose así en uno de los elementos principales de lo «pintoresco». El creciente interés por las fiestas populares contribuyó a «mejorar» de modo espectacular las que ya existían, o a crear fiestas semejantes en otros lugares, por una suerte de emulación que veía en ello una mejor puesta en valor del lugar. El entusiasmo de un número creciente de franceses por descubrir, revalorizar y celebrar el patrimonio nacional tuvo lugar sobre todo en la esfera local²⁹, mediante la glorificación conjunta del patrimonio de la nación y el patrimonio local³⁰. La construcción cultural de la nación y la cons-

vention de l'ethnographie française: le questionnaire de l'Académie celtique», *Annales ESC*, marzo-abril de 1981, pp. 210-230.

²⁸ Véase sobre todo GASNIER, Th.: «Le local. Une et divisible», en NORA (ed.): *Les Lieux de Mémoire...*, op. cit., t. III, vol. 2, pp. 463-525. También, BERCÉ, F.: «Arcisse de Caumont et les sociétés savantes», en NORA (ed.), *Les Lieux de Mémoire...*, op. cit., t. II, vol. 2, pp. 533-567.

²⁹ BERTHO, C.: «L'invention de la Bretagne: genèse d'un stéréotype», *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, núm. 35, 1980, pp. 45-62, y GUILLET, F.: *Naissance de la Normandie: genèse et épanouissement d'une image régionale en France, 1750-1850*, Caen, Annales de Normandie, 2000.

³⁰ GERSON, S.: *The Pride of Place, Local Memories and Political Culture in Nine-*

trucción cultural de las regiones fueron procesos que corrieron, pues, a la par. Y fue precisamente el proceso de *nation-building* lo que dio lugar al surgimiento de regiones culturales: la marquería inicial de los particularismos, de gran complejidad, con límites bien poco definibles, fue progresivamente reestructurada, reelaborada y simplificada. A imagen y semejanza de la nación, las regiones fueron dotadas de una cultura específica, supuestamente interclasista y unificada, que, sin embargo, admitía, en un nivel de deconstrucción más sutil, subconjuntos coherentes y distintos. Esta «invención» cultural de las regiones francesas, emprendida en el primer tercio del siglo XIX, fue un proceso de gran intensidad. Así se configuró la singular paradoja del Estado-nación francés moderno: las regiones francesas fueron sólidamente edificadas desde el punto de vista cultural, y fueron instituidas como uno de los principales basamentos de la identidad nacional, mientras que desde el punto de vista político su articulación siempre ha fracasado frente al centralismo y la homogeneización administrativa.

Una serie de representaciones metafóricas de Francia, elaboradas en el siglo XIX, ilustra bien esta dualidad que en el orden político subsume de modo estricto las regiones al centro, pero que en el plano cultural funda la nación sobre su zócalo regionalizado. El historiador Jules Michelet, en su gran fresco antropomórfico sobre la génesis de Francia, representó la abolición a la vez necesaria y voluntaria de las entidades locales, fundidas en una unidad nacional, como una suerte de alquimia: «el espíritu local desaparece cada día que pasa: la influencia del suelo, del clima, de la raza, ha cedido a la acción social y política. La fatalidad de los lugares ha sido vencida [...]. En esta transformación maravillosa, el espíritu ha triunfado sobre la materia, lo general sobre lo particular, y la idea sobre lo real»³¹. El triunfo del centralismo se presenta como la victoria de la razón, de la civilización, del universalismo. El centro «que se sabe tal y lo sabe el resto» es el Dios omnisciente y todopoderoso que ha domeñado a las provincias, uniformemente confundidas en «periferia» y sin otro valor que el que les otorgue el control del centro: «La virtud de la acción está en las extremidades, la inteligencia está en el centro». Metáforas semejantes, en las

teenth-Century France, Cornell UP, 2003. Igualmente, GASNIER, Th: «Le local...», *op. cit.*

³¹ MICHELET, J.: *Le Tableau de la France*, t. III de su *Histoire de France* [1833], París, Olivier Orban, 1987.

que se puede rastrear también una cierta concepción de la moderna sociedad industrial, permitían afirmar la preeminencia de Francia sobre otras naciones por mor de un universalismo realizado gracias a la disolución (o la subrogación) de las diferencias. No hay que subestimar la influencia duradera de esta representación de la nación francesa, retomada y refinada tanto por la historiografía posterior como por diversas elaboraciones ideológicas. Y que participa, además, de una concepción de Francia como modelo de «nación política», en donde la realización de la nación descansa en el abandono voluntario y colectivo de los intereses particulares en beneficio del interés general.

Desde esta perspectiva, el reconocimiento de entidades regionales puede ser estigmatizado como regresión, una traición a la «esencia nacional» de Francia. Sin embargo, la construcción de la nación francesa y la definición de su lugar en la escena europea también hicieron surgir en la misma época otra versión de la especificidad francesa. La concepción de Michelet fundaba el universalismo de Francia en una unidad que llevaba la uniformidad a su paroxismo. La segunda concepción, por el contrario, imputaba el universalismo francés a la extraordinaria diversidad que se cobijaría en su unidad. Esta última versión toma nota de la relación entre la nación y sus partes que se establece generalmente en los procesos de *nation-building*: la nación es una unidad rica en sus diversidades. La decadencia progresiva de Francia en la escena internacional se tradujo, por lo tanto, en compensación simbólica por la irrupción de un argumento ya presente desde mediados del siglo XIX: Francia es de hecho superior a las demás naciones por ser más rica en diversidad que ellas. Por la variedad de sus suelos, de sus climas, de sus culturas, Francia es el más admirable de los conjuntos, porque ella es el resumen ideal de Europa. Esta línea de argumentación, ya esbozada a mediados del siglo XIX, fue ampliamente desarrollada por Paul Vidal de la Blache en su *Tableau de la Géographie de la France*: «La palabra que mejor define a Francia es variedad [...]. La naturaleza de Francia despliega una riqueza de matices que no se encuentra en otros lugares». Y esta variedad no es contradictoria con la unidad nacional, pues un *no se sabe qué* específicamente francés permitiría la coexistencia apacible y armónica de etnias diversas que en otros países no cesarían de enfrentarse entre sí:

«Existe pues una fuerza benefactora, un *genius loci*, que ha preparado nuestra existencia nacional y que le ha comunicado algo sano. Es un no sé qué

que flota por encima de las diferencias regionales. Las compensa y las combina en un todo; y, no obstante ello, esas variedades subsisten, están vivas»³².

La representación de la nación francesa que se conforma a partir de mediados del siglo XIX se nutre, pues, de dos representaciones de la relación unidad/diversidad y nación/región. Contradictorias en apariencia, a menudo también han sido utilizadas al alimón, connotando en este caso niveles diferentes de definición de la identidad nacional. «Una e indivisible», según la definición de la República francesa, Francia también es recreada como el mosaico cautivador que se jacta de la inigualable armonía de su prodigiosa diversidad³³.

La gran Nación y las pequeñas patrias

El término *regionalismo* entra en la lengua francesa a finales del siglo XIX, primero a través de la denominación de un movimiento

³² VIDAL DE LA BLACHE, P.: *Tableau de Géographie de la France, Première partie «Personnalité géographique de la France», chapitre IV «physionomie d'ensemble de la France»*, París, Tallandier, 1903 (citamos por la reedición de París, Éditions Tallandier, 1979, pp. 40, 49 y 52).

³³ Véanse, a título de ilustración de la representación moderna de Francia, las imágenes que dan los grandes universitarios republicanos en los inicios de la Tercera República: «Francia debe suscitar o resucitar una imagen de sí misma en toda la riqueza de su infinita diversidad, en toda la pujanza de su evolución milenaria, en toda la fecundidad inagotable de su genio. Esta imagen se la debe a la naturaleza, que ha vertido en ella a manos llenas lo que en otros países sólo ha dado por separado. ¿Acaso es por nada que somos el país más privilegiado de todos, que reúne los climas y los dones más opuestos, que ve sus costas bañadas por el duro mar germánico y por el océano de horizontes infinitos, y por el mar tibio y cariñoso en el que se miraron todas las civilizaciones y cuyo oleaje ha mecido la belleza eterna? ¿Acaso es por nada que nuestros confines, aunque restringidos, encierran regiones tan diferentes?» Gaston Paris (profesor del *Collège de France*), discurso pronunciado en La Sorbona el 24 de marzo de 1895 ante los delegados de las sociedades departamentales de París, reproducido en *La Tradition en Poitou et en Charentes*, Société d'ethnographie nationale et d'arts populaires, Congrès de Niort, reimpresión facsímil en Poitiers, Librairie Brissaud, 1981. Por poner otro ejemplo, el del historiador «de la República» Ernest Lavisse: «Nosotros, franceses, estamos muy orgullosos de nuestro país, de esta tierra privilegiada bañada por tres mares, flanqueada por las dos cordilleras más altas de Europa, regada por bellos ríos, que goza de todos los matices de un clima temperado, que produce todos los frutos de la tierra, ornada por todas las flores» (Ernest LAVISSE, introducción al manual *Deuxième année de l'Histoire de la France*, 1895).

consagrado a la promoción de la identidad cultural bretona y —con menor energía e intensidad— de algunas reivindicaciones de autonomía administrativa y política: la Unión Regionalista Bretona, creada en 1898. Dos años más tarde surgió una organización de ámbito nacional, la Federación Regionalista Francesa [*Fédération Régionaliste Française*, FRF]. No era un partido, sino una agrupación que declaraba explícitamente situarse «por encima de los partidos»³⁴ y que pretendía reunir a «todos los franceses de buena voluntad» en la lucha contra el centralismo y por la revalorización de las culturas locales. La Federación nunca contó con más de algunos cientos de adherentes, en su mayoría notables del mundo de la política o³⁵, las más de las veces, responsables de organizaciones económicas y culturales. Fue a través de esa red de notables de diferentes campos como la agrupación ejerció su influencia. El líder y máximo teórico del movimiento, Jean Charles-Brun, católico republicano, animó el movimiento hasta su óbito en 1946³⁶. Al naciente regionalismo consagró en

³⁴ La fundación de la FRF fue en cierto modo una de las consecuencias del caso Dreyfus, pues este último había provocado una honda división entre los partidarios de la descentralización y la revalorización de las culturas regionales que venían actuando desde 1880. Entre sus mentores más jóvenes —particularmente en el seno de un grupo denominado Escuela parisina del Félibrige, delegación en la capital del movimiento de Mistral— tuvo lugar una escisión entre quienes se orientaron claramente hacia posiciones antisemitas y antirrepublicanas, y quienes permanecieron en el campo republicano. Los primeros, siguiendo a Charles Maurras, se unieron a la *Ligue de la Patrie française*, contraria a Dreyfus, y después a la Acción Francesa. Los segundos, tras haber establecido contacto con sus homólogos de otras regiones, decidieron fundar un nuevo movimiento cuyo lema fue fruto de sesudas reflexiones. Como el término «descentralización» ya estaba gastado, pues evocaba la liga de notables del mismo nombre, los jóvenes fundadores de la FRF buscaron algo nuevo. El término federalismo ya era reivindicado por los partidarios de Maurras, de quienes se querían desmarcar. Pero conservaron la alusión al mismo, al denominar a su grupo *federación*, un modo de mantener la referencia a Mistral, quien se identificaba con el federalismo proudhoniano, fuente teórica asimismo de uno de los grandes inspiradores del grupo, Jean-Charles Brun. El término «regionalismo», más bien reciente, presentaba la ventaja de estar exento de connotación ideológica alguna.

³⁵ En el comité de honor de la FRF figuraron ministros o presidentes de la Tercera República como Justin Godart, Louis Madelin, Paul Deschanel, Paul Doumer o personalidades políticas conocidas como Charles Beauquier, el abate Lemire y Joseph Paul-Boncour. Louis Marin, quien presidió durante largo tiempo la FRF, participó en numerosos gabinetes ministeriales. Republicano conservador, fue miembro del último gabinete de Paul Reynaud en la primavera de 1940 y, llevado de su profunda hostilidad a Alemania, se negó a votar a favor de la concesión de plenos poderes a Pétain.

³⁶ Jean Charles-Brun nació en Montpellier en 1870 y murió en 1946. Cuando era

1911 un grueso volumen, que obtuvo el premio Monthyon de la Academia Francesa. Si en él se demoraba largamente en la explicación de los objetivos del movimiento y en el interés de un tratamiento regionalizado de todos los problemas políticos, económicos, sociales y culturales, se guardaba bien de adoptar posiciones categóricas acerca de las medidas concretas e indispensables que se debían adoptar, ya que ello supondría introducir la discordia en un movimiento regionalista que sólo podía sustentarse en un amplio consenso sobre los excesos del centralismo y del jacobinismo cultural. Así, Charles-Brun no dudaba en afirmar la voluntad ecuménica del término *regionalismo*, y esquivaba cualquier otra definición que fuese más clara:

«Tal vez es precisamente su relativa imprecisión a lo que este término debe un éxito que ha superado claramente nuestras esperanzas [...]. En este trabajo se intentará mostrar que, después de haberlo tratado primero en su significado general, no renunciaremos a ofrecer una definición más precisa, que entendemos en dos sentidos y que, en suma, hay dos regionalismos, el de todo el mundo y el de los regionalistas»³⁷.

De hecho, la etiqueta *regionalismo* experimentó a partir de entonces una expansión que fue paralela a la falta de determinación de su significado. En el siglo XX venía a designar todo lo que incluía la puesta en cuestión del centralismo estatal, pero también la puesta en valor de las culturas locales³⁸. El término se aplica por igual a la organización de ferias comerciales, de festividades locales, a la pintura o a la literatura que trata del mundo provincial y rural, así como a proyectos de reforma administrativa.

estudiante en Montpellier se adhirió al Félibrige y escribió poesías en occitano y en francés. Licenciado en letras y profesor de enseñanza media, se instaló en París, donde pasó toda su vida profesional, consagrando su vida a la causa regionalista. Sobre ella escribió incansablemente textos teóricos, artículos y conferencias. Estuvo en el origen de la creación en 1932 de un Centro Regionalista en la *Société des Gens de Lettres* (asociación nacional de escritores), participó activamente en la creación del *Musée des Arts et Traditions Populaires* inaugurado en 1937, y jugó un papel notable en la concepción de la Exposición Internacional de 1937. Publicó diversas obras de doctrina regionalista, de etnografía y de estudios literarios.

³⁷ CHARLES-BRUN, J.: *Le Régionalisme*, Apéndice I, «Le mot régionalisme», París, Bloud, 1911.

³⁸ THIESSE, A.-M.: *Écrire la France, le mouvement littéraire régionaliste de langue française, de la Belle Époque à la Libération*, París, PUF, 1991.

La clasificación del regionalismo según las taxonomías ideológicas o políticas usuales es difícil. Se podrían citar los ejemplos más opuestos. La referencia regionalista se podía alimentar, de hecho, de ambivalencias y de juegos connotativos. No remite a un concepto preciso, sino a un conjunto de términos en continuo entrecruzamiento y desplazamiento, a partir de una bipolaridad fundamental creada por el centralismo extremo: París frente a la provincia. París, capital del poder político y administrativo, también es el lugar donde se concentra el poder en todos sus ámbitos, particularmente en el económico y cultural. La bipolaridad geográfica también puede ser transformada de modo metonímico en bipolaridad social. El regionalismo puede ser descrito, por tanto, a través del juego semántico que se organiza alrededor de una serie de oposiciones:

París/Poder(es)/Ciudad/Modernidad/Cosmopolitismo
versus
 Provincia(s)/Dominados/Mundo rural/Tradición/Nación originaria

Mediante deslizamientos connotativos, los elementos de cada serie se consideran como más o menos equivalentes, pero se puede poner el acento de modo más intenso en uno de ellos. Ello permite construir discursos que se reclaman deudores de un mismo fondo regionalista, pero con posicionamientos ideológicos aparentemente divergentes. Por ejemplo, un discurso regionalista «de izquierda» sitúa en primer término la opresión de la capital, centro de todos los poderes y eventualmente metonimia *del* capital sobre sus dominados. La retórica regionalista «de derechas» destaca, al contrario, la contaminación de la pureza nacional operada por la modernidad y/o el cosmopolitismo de la capital, y la necesidad de una vuelta a los orígenes, que sólo sería posible reencontrando las raíces provinciales y rurales de Francia. El regionalismo bajo la Tercera República se convirtió, pues, en ese «lugar común» en el que todas las opiniones podían ser halladas, y elementos irreconciliables podían encontrar un cobijo bajo un manto de confusión³⁹. De ahí el papel de «identidad nacional de urgencia» que

³⁹ Hasta el Partido Comunista Francés (PCF), en su periodo de vuelta a lo nacional, hizo uso de la referencia al Pueblo de Francia en sus diversidades regionales. Así fue ya en el congreso de Arles (1935), en el que grupos folclóricos con trajes regionales intervenían en los intermedios. En 1937 apareció el primer número de la revista *War Sao* [En pie], «órgano central de los bretones emancipados de la región parisina»,

siempre pudo jugar el regionalismo en momentos de crisis aguda. No es tan sorprendente que la sección francesa de la Exposición Universal de 1937, siguiendo la opción tomada en 1935 por un Gobierno de derechas y confirmada bajo el nuevo Gobierno frentepopulista, fuese situada bajo el signo del regionalismo. Como señalaba explícitamente Edmond Labbé, comisario general de la Exposición, la elección del regionalismo como expresión de la identidad nacional estaba destinada a «simbolizar la unión de todos los franceses»⁴⁰.

Este regionalismo, entendido como recurso de la nación en riesgo de disgregación, fue igualmente manejado por el régimen de Pétain, en el momento en que este último, ante la crisis de la derrota y en una situación de ocupación del país por las tropas alemanas, se veía forzado a recrear la ilusión de un Estado francés digno de ese nombre, capaz de mantener la continuidad de la nación. El regionalismo se convirtió en uno de los lemas claves de la propaganda de Vichy relativa a la *revolución nacional*: el folclore fue así elevado al rango de cultura oficial de modo casi exclusivo, y el régimen predicó el «retorno al terruño». Al practicar al mismo tiempo el centralismo antidemocrático al servicio de la colaboración con los nazis, el régimen de Vichy reconvirtió rápidamente el regionalismo en un folclorismo pasadista, que llevaba en sí la negación de la Francia republicana⁴¹. La operación era tanto más hábil cuanto que el regionalismo había estado en el propio centro de la vida republicana desde hacía décadas, y no solamente como una encrucijada de opiniones divergentes que aparentaban reencontrarse en él.

cuyo presidente honorario era Marcel Cachin, senador comunista y director del periódico *L'Humanité*. Desde *War Sao* se propugnaba un «Frente Popular bretón contra el fascismo opresor del individuo y de los pueblos», y se afirmaba que «queremos respetar y amar la lengua bretona, la cultura bretona, la tradición bretona, la historia bretona. Queremos ser los más audaces pioneros y constructores de la verdadera civilización humana del mañana. Pero contribuiremos a esa gran obra con las cualidades y virtudes propias del pueblo del que hemos salido, del que estamos orgullosos y al que estamos vinculados de modo filial por todos nuestros sentimientos y nuestros pensamientos». Citado en LE COUEDIC.: «Les Seiz Breur et la littérature», en *Ar Seiz Breur*, *op. cit.*, pp. 179-80. Sobre el regionalismo «de izquierdas», véase particularmente el monográfico *Les Petites patries dans la France républicaine* de los *Cahiers Jean Jaurès*, núm. 152 (1999).

⁴⁰ LABBÉ, E.: *Le Régionalisme et l'Exposition Internationale de Paris, 1937*, París, Imprimerie nationale, 1936.

⁴¹ FAURE, Ch.: *Le Projet culturel de Vichy*, Lyon, Presses Universitaires de Lyon, 1989.

La referencia regional había jugado un papel fundamental en la educación cívica y patriótica republicana, de la que se había convertido en la etapa de base. En esta fase, que culminaba el proceso de construcción nacional, se trataba de dar a todos, incluyendo a las clases populares, la conciencia de pertenecer a la comunidad nacional, y de conocer los derechos y deberes que se derivaban de esa pertenencia. La enseñanza pública y masiva, de modo particular, debía fomentar esa conciencia. Y los pedagogos hallaron rápidamente que la noción de patria era demasiado abstracta y vaga para los niños, y sobre todo para los niños de origen popular. El aprendizaje de la nación debía, pues, pasar por una primera etapa, la de la «pequeña patria», entorno reconocible y casi familiar, que el alumno aprendía a querer en primer lugar. De esa convicción surgía una fórmula repetida hasta la saciedad: «el amor a la pequeña patria es la mejor vía de acceso a la gran patria». Los docentes fueron invitados de modo regular a dar lecciones de historia y geografía locales, y se redactaron y publicaron manuales de enseñanza específicos con ese fin⁴², escritos por inspectores pedagógicos o directores de escuela. Incluso si dentro de este planteamiento las «pequeñas patrias», cuyos contornos eran por lo demás bastante poco definidos, fueron objeto de entusiasta admiración e inflamadas declaraciones de amor, siempre quedaba en pie un principio fundamental: el de la pertenencia *natural* e indiscutible de la región al conjunto de la nación. A menudo, incluso, la región era descrita como la quintaesencia de lo nacional, una suerte de concentrado geográfico e historiográfico de Francia, y en sí misma un admirable resumen de Europa. Representación de la región en «muñecas rusas», que reencontraba la unidad fundamental en la diversidad.

La región: ¿baluarte de lo nacional o superación de lo nacional?

La asociación aparentemente contradictoria, como un oxímoron, entre un fuerte jacobinismo (en la política práctica) y un regionalismo omnipresente (en las representaciones de la nación) es una caracterís-

⁴² THIESSE, A.-M.: *Ils apprennaient la France, l'exaltation des régions dans le discours patriotique*, París, Editions de la Maison des Sciences de l'Homme, 1997, y CHANET, J.-F.: *L'École républicaine...*, *op. cit.* Para el periodo contemporáneo, BOUTAN, P.; MARTEL, Ph., y ROQUE, G. (dirs.): *Enseigner la région*, París, L'Harmattan, 2001.

tica de la Francia moderna hasta el día de hoy. El imaginario nacional sigue estando marcado fuertemente por el regionalismo de las «pequeñas patrias», como revela el célebre cartel electoral de la «Fuerza tranquila» que escogió el candidato de la unión de izquierdas a las elecciones presidenciales de 1981⁴³, las visitas al Salón de la Agricultura en las que los líderes políticos, ante las cámaras, deben hacer el sacrificio de degustar productos regionales, o el cambio de sentido de los esfuerzos desplegados por parte de los sucesivos Gobiernos franceses en una Política Agrícola Común europea sumamente protectora de la agricultura francesa.

La visión regionalizada de Francia también se pone al servicio de la exportación de productos agrícolas en los que la relación con el terruño es una parte determinante de su valor. Es el caso, sobre todo, de la producción vitivinícola, en la que la creación de las denominaciones de origen controladas desde la década de 1930 tuvo como objeto la protección de las exportaciones francesas en un mercado internacional altamente competitivo. La glorificación de la región se convierte entonces en un elemento necesario, que necesita de continua sofisticación, para la valorización del producto. La celebración del patrimonio local y regional, tanto natural como cultural, es igualmente un producto indispensable de la promoción turística, sector económico de gran importancia en un país que es el primer destino turístico del mundo. Nuevos productos, ya no sólo agrícolas, pero que corresponden a las concepciones más modernas del diseño, del arte de vivir, e incluso de la alta tecnología, obtienen también grandes beneficios de la promoción de imágenes regionales que pueden abrir vías de acceso al mercado «global»⁴⁴.

⁴³ El cartel electoral del candidato François Mitterrand a las elecciones de 1981 no recreaba una Francia moderna, joven, urbana y de izquierda —el electorado supuestamente buscado—, sino una Francia *eterna*, rural, cuya moderación y tradicionalismo hallaba una expresión en el mismo paisaje en el que se enmarcaba el presidenciable (prados ondulados con un campanario en el fondo).

⁴⁴ El término Occitania, popularizado en la década de 1960 para plasmar un distanciamiento respecto a los términos Mediodía (*Midi*) o Provenza, demasiado connotados en su significado por el regionalismo de Pétain o el folclorismo, portaba con él inicialmente la reivindicación de autonomía para una «colonia interior» oprimida por Francia. Izquierdista y anticapitalista en su origen, la referencia occitana es utilizada hoy en día como nombre de una cadena de almacenes que vende a lo largo del planeta productos de higiene corporal fabricados a partir de plantas meridionales. La referencia céltica, integrada en una cultura musical muy activa, y reconvertida en

En el nuevo marco de la mundialización de las fuerzas económicas, el recurso a lo regional puede desempeñar la función de una identidad nacional de urgencia. La meseta del Larzac —escenario durante la década de 1970, con motivo de la instalación en ella de un campo militar, de un combate de la izquierda contra el Estado nacional imperialista-capitalista— se convirtió en cuna, en los años noventa, de la lucha anti(alter)globalización: allí tuvieron lugar las primeras acciones mediáticas de la *Confédération Paysanne* y de su líder José Bové. Los llamamientos a la defensa de la rica diversidad de las especialidades regionales contra la comida basura americana tienen en la Francia de hoy una función de movimiento de unidad nacional. La uniformización (lingüística, cultural, económica y hasta política) se imputa ahora al nivel supranacional, y la defensa de la diversidad puede ser tenida de modo indiscutible por una sana causa nacional... Pero toda proposición que quiera avanzar en la dirección de una regionalización político-administrativa sigue engendrando controversias virulentas, que dibujan fracturas internas en el seno de las formaciones políticas dominantes, al igual, por lo demás —y no es por casualidad—, que las posiciones en relación con el futuro de la Unión Europea. Los «soberanistas», que denuncian vehementemente todo abandono, por parcial que sea, de la soberanía nacional en favor de instancias infra o supranacionales, campan cómodamente en la derecha (caso de Charles Pasqua, antiguo ministro gaullista; de Philippe de Villiers, líder de la derecha católica tradicionalista, o de Jean-Marie Le Pen), pero también por la izquierda del espectro político (caso de Jean-Pierre Chevènement, antiguo ministro socialista; caso del PCF o de los grupos troskistas). La regionalización es acusada entonces por sus detractores de derechas de traicionar a la nación, y por los de izquierdas de ser el caballo de Troya de la globalización⁴⁵.

un regionalismo transnacional (el interceltismo de las *naciones celtas*) sirve igualmente a la promoción de productos de lujo, de diseño o de alta tecnología fabricados en Bretaña.

⁴⁵ El ejemplo más reciente de la cuestión es el proyecto Raffarin de descentralización. Al ser nombrado de nuevo primer ministro, Jean-Pierre Raffarin había anunciado en 2001 un programa de descentralización administrativa y política, que no tardó en despertar reacciones hostiles, también en el seno de su propio grupo político. El proyecto fue entonces rápidamente revisado a la baja, y se limitó esencialmente a proponer la transferencia de competencias desde el Estado central a una serie de escalones inferiores: no sólo a las regiones, sino también a los departamentos, a las mancomunidades municipales y a los municipios. Se trata de una descentralización modesta

El mantenimiento, con pocas correcciones, de un *statu quo* jacobino en la gestión del territorio francés, que contrasta con los procesos de devolución o de autonomía regional que están en marcha en numerosos países europeos, señala a las claras la persistencia de una concepción centralista del poder, que ha sido forjada en un proceso de larga duración. Pero la intensidad de las fracturas que dibujan las perspectivas de recomposición infra y supranacionales en el seno de las diversas formaciones políticas también pone en evidencia la crisis del «modelo francés», crisis tanto más aguda cuanto que dos siglos de relaciones complejas entre nación y región apenas han permitido percibir cuáles son sus componentes reales.

en comparación con los poderes de que disfrutaban los poderes regionales en Italia, España, Gran Bretaña o los *Länder* alemanes. Criticada con vehemencia, la reforma de Raffarin fue identificada con una forma enmascarada de privatización de servicios públicos, al disminuir el peso de un centralismo que parece indisolublemente ligado a la acción del Estado.